

CONTESTACIÓN
DE
DON JULIO CLACAÑO

Señores Académicos:

El Reglamento de esta Academia, como el de todas las demás, nacionales o extranjeras, siguiendo sin duda preceptos del gran libro de nuestra religión, prohíbe terminantemente el elogio de personas vivas, no por orgullo, sino por dignidad, respeto, y temor de caer en exageración.

¡Ojalá supieran esto, y lo practicaran así los profanos que en todas las épocas se postran a las plantas de los poderosos!

Pero, como no hay regla que no tenga excepción, he aquí que el mismo Reglamento permite, y ciertas consideraciones imponen, en el día de recepción de un Académico, el recuento de los méritos que le encumbran y le hacen merecedor del sillón otorgado. Es un acto público de justicia, y no más.

La Academia Nacional de la Historia abre hoy sus puertas para recibir en su seno, como Individuo suyo de Número, al señor doctor don Rafael López Baralt, y yo tengo placer en rememorar las calidades que las han franqueado a este distinguido facultativo y hombre de letras, tan pequeñito de estatura y tan crecido de intelecto, que ha venido de las orillas del Lago a sentarse entre nosotros.

Claro que al elegirme la Academia para dar la bienvenida al señor López Baralt, no ha sido porque haya encontrado en mí condiciones especiales de ningún género para el desempeño de tan alta honra, sino porque sabía que este nieto del egregio Rafael María Baralt es hijo de un amigo mío (q. g. h), y de niño le he profesado amistad y afecto.

He aquí todo mi mérito en este caso; el de López Baralt tiene hondas raíces en sus talentos de orador y de escritor, en la labor de largos años, y en la conducta honrada y limpia que como magistrado y como ciudadano ha dejado ver siempre al través de la casa de cristal en que ha vivido. Porque él ha sido Diputado del pueblo, Senador de la República, Presidente de Estado, Ministro de lo Interior, Ministro de Relaciones Exteriores, y ha desempeñado otros cargos importantes más con circunspección, tino y probidad.

Estos cargos honrosos los ha ejercido por derecho de conquista de los merecimientos propios en largos años de estudio y de trabajo.

La conferencia que acerca de los pueblos aborígenes dio cuando sólo tenía 20 años, llamó hacia él la atención de los hombres entendidos; y la tesis de doctorado que presentó en la Universidad de París, trabajo original relativo al *Escotoma centellante*, fue premiado.

Especialista en el tratamiento de la fiebre amarilla y de la lepra, López Baralt ha publicado respecto de estos males varios escritos que desde Constantinopla le fueron pedidos por Zambaco.

La batalla de Carabobo y la de La Victoria, y la pena de muerte, le deben notables trabajos. Libros como *La Gloria de Miranda*, *El Golpe de Estado del 92*, *De Maracaibo a Bogotá*, *Terapéutica farmacológica*, y el estudio relativo) al colombiano Juan Uribe, consolidaron su reputación de escritor público. Artículos históricos, políticos y científicos; versos clásicos, que parecen escritos un siglo atrás, y en que la nota histórica resuena a las veces con estruendo, han ocupado los ocios de López Baralt; y de él puede decirse que quiere abarcarlo todo en la tierra y en el cielo, y de tal modo que es posible, yo no lo sé, que maneje la espada como un mosquetero de Luis XIII, y llegue un día a conquistar "El Dorado", ya que no lo pudieron los españoles.

Bien podría yo darme al agradable pasatiempo de coleccionar los numerosos escritos y las poesías de López Baralt, y examinar detenidamente ese duro sillar de la fábrica de las letras y las ciencias en Venezuela, pero la tarea requeriría tiempo y espacio, y habría de quitarme los pocos que hoy tengo y necesito para escribir este discurso, que, por otra parte, debe huir de metafísicas y arideces, y ser como una conversación familiar, breve, llana y sencilla, sin pretensiones de filosofía y sin alardes de erudición.

El simple recuerdo de ellos, y el discurso que acabáis de oír, bastan a testimoniar el acierto con que ha sido elegido para sentarse en el sillón que, por su avanzada edad y los alifafes que le mantuvieron recluido en el hogar, no pudo ocupar su antecesor electo, el ilustre facultativo y notable biógrafo don José Manuel de los Ríos y Fortique.

No importa que el señor López Baralt sea a las veces filósofo y a las veces sofista. Su talento y su saber están ahí patentes, y cuando cae en error o se rinde a la paradoja, es cuando lo impulsa el desapoderado afecto al terruño, al pedazo de cielo estrellado que, limpio por el oro del sol, refleja su azul purísimo en el extendido lago orlado de palmeras, salpicado de esquifes como alas de cisnes, y coronado por los grises penachos de los vapores, porque los maracaiberos creen, según parece, que los que nacen en aquel paraíso son enviados de Dios y dueños del mundo; y van hasta sentar que los extranjeros que se bañan en el lago quedan como encantados y sin voluntad para regresar a sus lares. En todas las obras y empresas de los hijos del Zulia se deja ver este mismo movimiento del espíritu, y el celo irreflexivo y apasionado de lo que creen suyo y solamente suyo.

Cierto que tienen varones ilustres como don Rafael María Baralt, cuya Historia de Venezuela y cuyo discurso magistral ante la Real Academia Española, acaso no hayan sido superados por los de ningún otro venezolano; cierto que uno de los mayores poetas de la segunda generación de la República es José Ramón Yepes, y el primero de la cuarta Udón Pérez, gran poeta que no tiene que envidiar a ninguno en vuelo y energía, en originalidad, sentimiento y corrección; cierto que tiene abogados insignes como Francisco Ochoa, entendidos facultativos como Esteva y Bustamante, prosistas y críticos como Jesús Semprún; marinos como José Ramón Yepes y Teófilo Celis, Juan Baptista y Simón García; y héroes mitológicos como Venancio Pulgar, jamás vencido sino cuando en el asalto al castillo de San Carlos cayó mutilado por la metralla.

Pero estos hombres egregios, estos nombres de ilustración y de vigoroso aliento no constituyen sino una minoría. Son almas escogidas en quienes no penetra el egoísmo del pueblo.

Por donde se ve que lo que el señor López Baralt llama autonomía en este caso concreto de la psicología del pueblo maracaibero, no es tal, sino simple provincialismo originado del escaso afinamiento de ciertas facultades, y que lo arrastra inconscientemente a ver un enemigo en todo el que no ha visto la luz en el terruño. Es el mismo provincialismo que impera en Guayana y en todos los pueblos que permanecen aún estacionados y no han alcanzado a comprender las doctrinas democráticas que nos llevan a considerar a todos los hombres como hermanos, y como una gran patria el mundo.

Por lo mismo el hanseatismo a que alude el señor López Baralt es resultado del propio provincialismo, y no haría al fin ¡Dios no lo permita! sino abrir camino a la desmembración de la República; y debemos todos condenar tal anhelo, porque procede de la misma mal entendida autonomía, que disolvió a la República Centro Americana y desmembró a México y a Colombia.

Yo no culpo al señor López Baralt de estos errores al tratar de la psicología del pueblo maracaibero. Ya he dado a entender que el amor al terruño ciega al señor López Baralt.

Esta ceguedad es muy disculpable, porque no es lo mismo pensar que sentir. Hay, dice Condillac en el libro primero de su *Arte de Razonar*, hay tan poca diferencia entre imaginar y sentir, que es enteramente natural que se crea sentir lo que se imagina que debiera ser. El señor López Baralt siente todo lo que dice, porque su imaginación de poeta y de zuliano le hace creer que tal es la verdad.

Yo hablo por una percepción racional fundada en la verdadera psicología de aquel pueblo, amante del trabajo, pero fatalmente atrasado, como casi todos los pueblos del interior de la República; y el señor López Baralt habla por una percepción experimental, contingente, basada en los sentidos, que suelen engañar.

Creo que acabaremos por entendernos, después de pensar que hay actos del entendimiento y actos de la voluntad, y que la voluntad se somete no pocas veces a las pasiones, exigentes e imperativas de suyo.

Puesto en razón está lo que sienta el señor López Baralt al hablar de la psicología de los pueblos; y aún iré yo más lejos, porque bajo una misma zona se ven entre diversos de ellos importantes diferencias psicológicas, una vez que no es sólo el clima lo que influye en el carácter e inclinaciones y sentimientos del hombre.

La raza, las costumbres, las tradiciones, la religión y aún las supersticiones heredadas, modifican el alma de los pueblos juntamente con el género de alimentación. Aún la voz sube o baja según la altura atmosférica y otras condiciones de localidad. En Venezuela misma, ¡cuánta diferencia, por ejemplo, entre un barinés y un margariteño! Lindan el maracaibero y el coriano, y nada más diverso que los dos. El coriano, que por las proporciones de la cabeza no podría ser comparado con el maracaibero, es esencialmente guerrero, impetuoso y noble al mismo tiempo, en tanto que el maracaibero prefiere las artes de la paz y la tranquilidad del hogar. En otros puntos del carácter aún son más desemejantes. Pero, ¡qué diferencia de medio! El uno en el jardín de Apolo rodeado de palmeras que a impulsos del viento se inclinan sobre la inmensa esmeralda del lago; el otro en la estepa y el médano, pastor bíblico, que mientras pace el ganado, contempla pensativo las estrellas, las nubes y los horizontes lejanos; el uno alimentado especialmente con perdices, palometas y granos; y el otro con la recia carne del cabrón, la leche cargada de sal y el fruto del espinoso cactus.

Con todo, entrambos pueblos han comprobado su patriotismo y su valor cuando quiera que la patria se ha hallado en peligro; y no creo, no puedo creer que Maracaibo dilatase en entrar en la revolución de independencia por los motivos que indica el egregio orador. Tengo para mí que las razones son otras e independientes de su voluntad, y esto sin tener cuenta de que ningún pueblo de Venezuela estaba preparado para alcanzar la independencia.

Maracaibo es como un corazón de la República; es el punto más estratégico para conmoverta e invadirla, porque de ella, por mar o por tierra, puédesse entrar al centro, al oriente, al occidente, y aun invadir a Colombia. La Barra, defendida por el fuerte de San Carlos, el lago, que la aísla, el Sucuy, las montañas, las sabanas, refuerzan su posición con los inmensos recursos de boca que posee. Hay más, como en Mérida se estableció el primer Obispado, y en Coro estuvo la capital de la Capitanía General, en Maracaibo y en los Puertos de Altigracia, amparándose de lo saludable del clima, de la belleza y la abundancia, se domiciliaron familias nobles, en su mayor parte de empleados españoles, como los Farías y los Cangas, los Pulgares y los Antúnez de Lossada, los Rubines de Celis y los Delgados, los Bravos y los del Gallego, los Ramírez y los Butrones, los Urdanetas y los Velardes, los Urquinaonas y otros más, realistas casi todos, con influencia en el pueblo e interesados en la obediencia a las autoridades y en el mantenimiento de la monarquía.

De todo esto estaban bien enterados los jefes españoles, y naturalmente cuidaban de que la provincia no cayese en poder de los patriotas; y tampoco lo ignoraba Bolívar, que todo lo sabía, y más de una vez recomendó apoderarse de Maracaibo. ¿Desdora esto al pueblo de Maracaibo? Yo no lo creo, sobre que en los principios de la revolución bien se pudo desconfiar de la victoria final, como asimismo en los principios bien pudieron Montilla y Ribas, Marino y Piar, aparecer como rivales de Bolívar, a la sazón no bien sentada su reputación de gran caudillo, y a quien, más tarde, ya coronado de gloria, rindieron pleito homenaje y le sirvieron leales.

Este juicio mío, Santo Tomás y Bossuet me defienden, es un simple acto de mi entendimiento fundado en el estudio de los sucesos y en el carácter del pueblo, y en nada menoscaba, sino antes complementa el parecer del señor López Baralt, quien cumple por su parte un acto de voluntad, como hijo amantísimo del importante Estado del Zulia,

No se crea por esto, señores, que yo no les profese afecto a Maracaibo y a los maracaiberos. Todo lo contrario, y el señor López Baralt sabe los motivos. Bien que nacido en Caracas, yo también me considero como hijo de la virgen de Chiquinquirá, aunque por mi mala suerte, soy un gran pecador. Años antes de venir yo al mundo, a la muerte del Libertador, regresaron de Cartagena a la patria mis padres, y mis tíos el General Montilla y el Coronel Adlercreutz, con sus respectivas familias. La sociedad de Maracaibo los recibió gustosa y los colmó de atenciones, y a poco mi padre fue elegido Senador por aquella provincia. En 64, en peligro mi vida por las persecuciones de Sutherland, quien

sospechaba fuese yo comisionado revolucionario de Pulgar, recibí orden de salir del Estado, y el pueblo protestó y me acompañó al muelle. No hizo esto por méritos personales míos, yo lo sé, sino por un sentimiento generoso y por odio a la tiranía de Sutherland, pero no por eso empeñó menos mi gratitud, como la empeñó asimismo en 69 y en 71. Por donde puede verse que no tengo sino motivos de agradecimiento y cariño para enaltecer el carácter entero y firme de los hijos de Maracaibo, cuyo amor al trabajo, a las artes y a las letras encantan y le preparan un porvenir glorioso.

Cuanto a lo que acerca de los indios goagiros afirma el escritor citado por el señor López Baralt, he sentado en otro escrito, y lo repito en esta ocasión, que en la Goagira existen hoy diversas tribus indias, que los restos de los zaparas y quiriquires que vivieron donde está la ciudad de Maracaibo, pasaron a la Goagira, con muchas otras tribus, y que los cocinas, tribu de bandoleros, es mestiza de indio y negro.

Me he extendido en esta contestación más de lo que me había propuesto para dar la bienvenida, en nombre de la Academia, y en el mío, al señor López Baralt.

Por ello, termino manifestando al señor López Baralt el júbilo con que este Cuerpo le ve en su seno, aplaude su bello discurso de recepción, y le mira, cargado de merecimientos, reposar al fin en el sillón que tiene merecido.